LA UNIDAD Y JESÚS ABANDONADO

Chiara Lubich

La unidad y Jesús abandonado

Prólogo de Jesús Castellano

Ciudad Nueva

Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

Cuarta edición revisada, marzo 2006

Título original: *L'unità e Gesù abbandonato*
© 1984, Città Nuova Editrice
Via degli Scipioni, 265 - 00192 Roma

Traducción: *Juan Félix Bellido*

Imagen de cubierta:
Cruz del monasterio Kirillov-Belozerski

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 1985, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-720-9

Introducción

Estas páginas componen un libro de luz. Han sido escritas por Dios, por medio de la sabiduría del Espíritu, en un alma que ha dejado transparentar con pureza y responsabilidad eclesial todo lo que ha recibido. Han sido ofrecidas a la Iglesia como un mensaje elevado y apremiante, que se resume en dos realidades inseparables que evocan dos momentos decisivos de la vida de Jesús: su oración sacerdotal por la unidad (*Jn* 17, 21-23) y su grito de abandono desde la cruz (*Mt* 27, 46). Con sencillez familiar ante las realidades verdaderas y esenciales, las llamamos *la unidad* y *Jesús crucificado y abandonado*.

En una carta de 1948, Chiara Lubich manifestaba con sencillez esta experiencia suya de haber sido inspirada por el Señor acerca de estos dos elementos inseparables de la espiritualidad cristiana: «El libro de la luz que el Señor va escribiendo en mi alma tiene dos aspectos: una página resplandeciente de misterioso amor, *Unidad*, y una página luminosa de misterioso dolor, *Jesús abandonado*. Son dos caras de una única medalla».

El Movimiento de los Focolares está viviendo desde hace ya más de cuarenta años de estas dos páginas de luz, enraizado en el amor a Jesús abandonado y pro-

moviendo la unidad dentro y fuera de la Iglesia. El radicalismo evangélico del amor que lo distingue, como ha dicho recientemente Juan Pablo II[1], se halla vivificado constantemente por estos dos fundamentos de su espiritualidad.

En estas páginas Chiara nos muestra, como no lo había hecho nunca, el designio misterioso de Dios en torno a la unidad y a Jesús abandonado: una esencial reconstrucción de experiencias, una cuidada selección de textos sencillos –cartas, notas– vienen a recomponer, como en espléndido mosaico, estas dos realidades, escritas con el fuego del Espíritu en su corazón, en el de sus compañeras y en el del grupo inicial de aquel Movimiento de la unidad, hace ya muchos años, para llegar a ser patrimonio de toda la Iglesia y de la humanidad.

Como las palabras del Evangelio, como las cosas más hermosas y genuinas de la experiencia de la Iglesia, se proponen en un estilo de «teología narrativa», de relato sencillo y auténtico del descubrimiento de un gran ideal que ha fascinado a miles de hombres y mujeres de nuestro tiempo en todo el mundo. Como experiencia de vida, no son sólo ideas, aunque sublimes, sino realidades para ser vividas, cuya comprensión crece con la propia vida en la Iglesia y que se hallan destinadas a realizar el Testamento de Jesús: «Que todos sean uno».

[1] Cf. *L'Osservatore Romano*, 20/21-8-1984, p. 5; cf. también *Ciudad Nueva* 10/1984, pp. 33-35.

La unidad y Jesús abandonado, en su inseparable reciprocidad, constituyen una novedad absoluta en la espiritualidad cristiana; son una revelación, un carisma, un don para la Iglesia de nuestro tiempo, tan abierta al misterio de la unidad y tan necesitada, en un mundo como el nuestro, de descubrir el rostro y el corazón de Jesús abandonado, presente en la humanidad.

La unidad y Jesús abandonado, como palabras sublimes del Evangelio, son una revelación del Verbo encarnado, de Jesús, el único Maestro; pero una revelación del Dios que es Amor en la unidad trinitaria que Él quiere manifestar al mundo, en el abismo de su identificación con la humanidad, que nos revela el grito del Abandonado. Como puntos culminantes de la experiencia de Jesús, no son simples aspectos de la espiritualidad cristiana para ser colocados unos junto a otros, sino aspectos centrales del Evangelio en los cuales resplandece toda la originalidad del mensaje de Cristo.

Ellos, como cúspide y síntesis, contienen todas las grandes líneas de la espiritualidad evangélica, las iluminan y pueden volvernos a colocar dentro de la armonía del designio de Dios; son principios universales, que pueden ser vividos por todos, en todas las vocaciones; que permiten vivir al mismo tiempo en la vida personal y en la comunitaria, en la misma longitud de onda del Espíritu de Jesús; teniendo sus mismos sentimientos de amor, en la unidad y en la experiencia indisoluble de la muerte y de la resurrección, en el tránsito continuo y luminoso del dolor al amor, con el mismo Espíritu del Crucificado-Resucitado.

El libro de Chiara comienza hablando de la unidad y se cierra con otro capítulo que podría decirse profético, también sobre la unidad. Son las páginas luminosas del misterioso amor de Dios, irradiadas como designio mismo del Señor sobre nuestro mundo, necesitado y ansioso de unidad en todos los niveles, aunque con las contradicciones de sus múltiples divisiones. Pero los capítulos centrales del libro hablan de Jesús abandonado, que es precisamente la clave de la unidad, el modelo, el culmen, el autor de la unidad entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra, entre los hombres y los pueblos.

A través de este maravilloso entrelazamiento que corresponde al designio de la salvación, se redescubre la unidad como la vida divina que hay que vivir desde ahora en la Iglesia, según el deseo y la oración de Jesús: «…para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (*Jn* 17, 21). Y se descubre la «consagración» de Jesús al Padre hasta el abandono en la cruz como paso absolutamente necesario para alcanzar esa unidad que Cristo mismo nos dio con su Espíritu, derramado sobre la Iglesia desde su corazón desgarrado por el dolor más profundo, con el amor más intenso y puro que haya palpitado en un corazón de hombre.

La unidad. Chiara y sus compañeras, que ya la seguían en plena guerra, releen el Evangelio en los refugios antiaéreos a la luz de una vela. Queda profundamente impresionada por una página que se le presenta, con toda la majestad y escultórica verdad, como pala-

bra de Dios. Es el capítulo 17 de san Juan, la oración de la unidad. Por una intuición sobrenatural, comprende que para aquella página han nacido y que por aquella página deberán vivir en la Iglesia, por el *ut omnes*, como resumiendo en un eslogan evangélico aquello que ya ha ganado por completo sus corazones.

Las palabras de Juan, leídas y releídas, vividas y comentadas, se iluminan recíprocamente y se convierten en la clave para comprender todas las demás palabras del Evangelio.

El descubrimiento es maravilloso. De repente comprenden que la vida de Dios, la vida trinitaria, es la unidad: «Como tú en mí y yo en ti…». Y que ésta debe ser la vida de los cristianos, que pueden, que deben vivir «a la manera» de la Trinidad.

La experiencia de esta vida, que las impulsa a vivir la una por la otra, la una con la otra «haciéndose uno» con el prójimo, eleva sus existencias a un plano sobrenatural constante y maravilloso, a una altura en donde la caridad es la ley suprema, condición primera e indispensable de cualquier otra acción. Viviendo en Dios, viviendo la vida de Dios, se descubren las cosas como Dios las ve y las quiere, por una connaturalidad que brota de este amor en la unidad que es la vida a la manera de la Trinidad.

No hay ninguna duda de que una sabiduría sobrenatural, un carisma del Espíritu Santo constituye la base de un descubrimiento tan nuevo y tan elevado, prácticamente –diría– inédito en la Iglesia hasta este momento, aunque intuido y anunciado en la espiritualidad cristiana. Se puede afirmar que nos encontramos

aquí ante un carisma nacido de una página del Evangelio, que esta vez no es la página de la pobreza, de la oración o de las obras de misericordia, sino aquella que revela el misterio de la unidad, el fin mismo de la venida de Cristo entre los hombres, de su muerte y su resurrección.

La unidad, vida de Dios, medida radical de la existencia, lleva como consecuencia el deseo y el compromiso de ser como Jesús, de ser Jesús, de vivir como Él, de dejarse vivir por Él para poder vivir la vida divina. Exigencia radical de morir para que Él viva. Pero experiencia comunitaria transformante de una relación nueva con el otro, con los otros, de Jesús a Jesús, hasta morir juntos a fin de que «Jesús en medio» sea la vida de todos.

Una lógica espiritual y teológica sostiene de manera irrefutable todas las experiencias, las intuiciones que Chiara ha practicado y escrito a propósito de la unidad, aunque tengan el sabor de lo inédito, la maravilla de lo nuevo. Sí, se trata de una novedad que eleva la espiritualidad comunitaria y eclesial hasta convertirla en una espiritualidad trinitaria, una espiritualidad de la unidad en la cual el amor –y, por tanto, las exigencias de ese amor– posee una medida trinitaria: «…como tú en mí y yo en ti».

Con esta experiencia carismática se anuncia en la Iglesia la hora de la unidad, de una espiritualidad comunitaria y eclesial «a cuerpo místico», en el alba de un tiempo nuevo para la Iglesia, cuando ésta se despierta en las almas –según la feliz expresión de Roma-

no Guardini– y cuando Pío XII, precisamente en aquel año de 1943 en que nace el Movimiento de los Focolares, publica su carta encíclica sobre la Iglesia *Mystici Corporis*.

Esta espiritualidad de la unidad comporta en germen una novedad en la vida cristiana, en la ascesis, en el apostolado y en la mística misma. Tiene exigencias nuevas que no se miden ya únicamente con los parámetros individuales de la perfección cristiana, sino que exigen ser medidas con el fin mismo de la vida espiritual: con la santidad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, con una santidad comunitaria de molde trinitario y, por consiguiente, eclesial.

Con el recuerdo de aquel descubrimiento, Chiara Lubich nos anuncia la novedad que poco a poco Dios iba escribiendo en su corazón y en el de sus compañeras, que las llevaba a ser «uno» con las realidades por ella comprendidas, vividas y comunicadas a las demás, una novedad verificada en las exigencias de vida nueva y en los frutos producidos por aquella vida evangélica, en la cual, dejando vivir a Jesús en cada una y en todas, se producía la extraordinaria presencia sobrenatural de Jesús en medio (cf. *Mt* 18, 20), del Resucitado presente en aquel grupo que vivía en la Iglesia y por la Iglesia.

Jesús crucificado y abandonado. La unidad necesitaba un descubrimiento posterior para no llegar a convertirse en una utopía: Jesús crucificado y abandonado, autor y modelo de la unidad entre Dios y los hombres y de los hombres entre sí.